



Hermana María Arantza Ladrón De Guevara

Una maestra con el corazón en los labios

Por: Joaquín Tórrez A.

Cuando se pregunta en la Facultad de Humanidades y Comunicación de la UCA por la profesora María Aránzazu Ladrón De Guevara (profe Arantza para mejores señas) la primera cualidad que destacan quienes la conocen es la bondad.

Le sigue de cerca la modestia. A su lado la acompaña la humildad y el desfile de calificativos continúa con sincera, transparente, tolerante, misericordiosa, comprometida, valiosa, extraordinaria, gran ser humano... Aunque ella huye de los reflectores, esos adjetivos no son gratuitos. Se los ha ganado la profe Arantza porque pertenece a esa estirpe de personas que cuando hablan o ríen parece que tienen el corazón en los labios.

Sus palabras tienen cualidades nutritivas que alimentan el alma y hacen que uno se reconcilie con la vida misma. Ella, si no existiera, habría que inventarla porque es una mujer tan humilde que a diario da testimonio de la pobreza en Nicaragua, un país donde la primer bofetada de realidad se recibe al ver en los semáforos a tantas personas limpiando vidrios sin futuro y a otros vestidos como payasos que, en lugar de sonrisas, lo que dan es pesar.

La profesora Arantza (oriunda de Álava, España, y docente de la asignatura Reflexión Teológica en la UCA) es de esas personas que demuestran cada día aquello de "por sus frutos los conoceréis", que Jesús dijo hace más de 2 mil años. En enero pasado, un muchacho

de 19 años se metió a robar a su casa en Batahola Norte, en Managua. Los vecinos, solidarios ellos, lo capturaron y llamaron a la Policía pero ella no interpuso denuncia alguna; prefirió hablar con la mamá del joven. Por esta actuación más de uno la tildó de "la tonta del barrio". "Pero yo no iba a permitir que a ese muchacho lo mandaran tres años a La Modelo; lo conozco desde que tenía cuatro años y sé que era un chavalito con problemas familiares, que hacía tres años había perdido a su padre... habría sido un error encarcelarlo.

Hablé con la mamá y ahora ese joven está más repuesto y hasta trabajando en el Oriental está", cuenta la profe. Una vez, el ya fallecido obispo brasileño Hélder Câmara dijo que "quien trabaja en contacto con el sufrimiento acaba siempre preñado de dolor" y eso le ha pasado a la profe Arantza. A ella le "duele Nicaragua".

"ME DUELE NICARAGUA"

"Me duele porque es un país de tanta pobreza, tanto dolor, tanta muerte; es un país sufrido; un país que tanta ayuda ha recibido y se ha mal distribuido... yo por eso no veo otro camino que la educación para superar tanta pobreza, pero una educación donde a la gente no se le dé el pez sino el anzuelo y se le enseñe a usarlo".

Tiene 67 años cumplidos y más de 45 de ser religiosa de la congregación Misioneras Dominicanas del Rosario, una orden nacida en Perú hace casi un siglo. Como la canción de Carlos

Mejía, la profe Arantza ha sido una trotamundos vasca.

A América llegó en 1977, a Perú precisamente, luego estuvo en República Dominicana, donde trabajó durante 18 años; a Nicaragua arribó en 1996, pero también ha trabajado en Mozambique, Zaire y Angola, en el continente africano.

¿Qué la motivó a entrar a la vida religiosa?

Cuando yo comencé acababa de morir el Papa Juan XXIII (en junio de 1963) y la verdad, nunca me planteé estudiar enfermería o cualquier otra carrera; siempre tuve claro que mi vocación era ayudar a los más necesitados a través de la enseñanza. Recuerdo que un misionero venezolano llegó a hablar de las necesidades en América Latina y ahí me dije que quería ejercer el magisterio en regiones más pobres.

¿Por qué el magisterio profe Arantza?

Yo siento que es un don. Esa fue mi vocación primaria porque les ayudaba a mis hermanos a hacer las tareas. Yo de niña leía mucho y en la escuela, al salir, le pedía a los profesores que me dejaran leer cuentos.

Llegar a América para usted significó otra realidad...

Fue una realidad que me marcó cuando llegué a Lima en el 77. Llegué en el Contexto de la Teología de la Liberación que proponía una vida religiosa con un camino



Vivir como el pueblo

La profesora Arantza hace muchos años que dejó atrás el hábito blanco y capa negra que identifica a las misioneras dominicas.

Aunque aún conserva su acento español y su aire de señora europea, su atuendo es como de una paisana más, de falda (o pantalón si tiene que salir fuera de Managua), sandalias y blusas de tonos pálidos.

Ni siquiera usa crucifijos en su cuello. Para ella, su labor de religiosa tiene más profundidad que hablar de vestiduras.

“Nosotros nos hemos adaptado a los signos de los tiempos y en mi caso, no usar hábitos, es una manera de vivir como vive la gente, con igualdad y no con privilegios”, afirma.

diferente; se proponía un éxodo hacia la periferia. Pasar del centro al mundo del pobre, donde nadie quiere ir.

Para mí fue clave leer al teólogo (jesuita español) Jon Sobrino que decía que la vida religiosa es una forma de “llegar a ser cristianos” siguiendo el carisma de un fundador en las regiones más apartadas como las fronteras y los desiertos.

Esa realidad en Dominicana, para la profe Arantza, no sólo representó trabajar en la formación de niños y niñas sino también hacer de mediadora de

muchos reclusos que no tenían acceso a la justicia en las cárceles.

“Es que soy una convencida de la opción por los pobres”, confiesa la profe, quien se declara devota de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, asesinado en San Salvador en marzo de 1980, y del obispo Juan José Gerardi, asesinado en 1998 por su trabajo por los derechos humanos en Guatemala.

De ambos tiene posters en su oficina de la organización religiosa Interconfer, en Las Palmas. “Ellos son mis santos favoritos, igual que los mártires jesuitas de la UCA de El Salvador”, afirma.

¿Usted ya se quedó para siempre en Nicaragua?

Para quienes somos religiosas nuestros huesos quedan donde servimos; es una opción de vida.

Tengo 67 años y no pienso en el retiro porque las religiosas decimos que no nos jubilamos, aunque el calor de Managua últimamente me tiene con problemas de presión.

Me siento satisfecha de lo realizado hasta ahora pero me gustaría tener más tiempo para leer, para escribir algo porque en las experiencias vividas hay mucha riqueza y eso me servirá para seguir en apoyo a la formación de religiosas y laicos.